

LA MARQUESA.

La pasión no razona. (Pasa á la izquierda.) Mejor es desanimarle ántes, conduciéndose enérgicamente. Decidle que amáis á otro.

CAROLINA.

Yo no sé mentir!

LA MARQUESA.

Mentir!... Carolina, veo que no tenéis confianza en mí : hacéis mal.

CAROLINA.

No os comprendo, señora.

LA MARQUESA.

Y yo os comprendo aun ménos. No amáis al marques, y, sin embargo, no queréis que lo sepa. Eso es falta de franqueza!

CAROLINA, indignada.

Ah! bien sabía yo que al fin se me acusaría de alguna intención villana!

LA MARQUESA.

Pues bien, probádnos que tal suposición sería una injusticia.

CAROLINA.

Conque es menester que yo pruebe... Ah! comprendo, señora! Queréis que sea yo, únicamente yo, quien hiera al marques, no es cierto? Pues bien, decidse lo, decid á vuestros dos hijos que nunca les perdonaré la indigna posición en que me colocan respecto á vos.

LA MARQUESA.

Señorita de Saint-Genex, tengo derecho de leer en el fondo de vuestro corazón. Aun puedo interesarme por vos, protegeros... tal vez satisfaceros.

CAROLINA.

Guardad vuestros beneficios!... yo nada os pido.

LA MARQUESA.

Ah!... Basta, señorita! quiero conocer vuestros verdaderos sentimientos, y los conoceré. (Tira de la campanilla.) Id á esperar á mi cuarto. Espero que no me negaréis este acto de sumisión.

CAROLINA.

Que será el último. (Entra Pedro. Carolina le habla en voz baja y sale por la puerta de la galería.)

LA MARQUESA, pasando á la derecha.

Suplicad al señor duque que venga á verme en seguida.

PEDRO.

Aquí viene el señor marques.

LA MARQUESA.

No importa! hacéd lo que os mando! (Entra Urbano. — Pedro sale por la galería.)

ESCENA XI

URBANO, LA MARQUESA.

URBANO.

En dónde está Carolina, mamá?

LA MARQUESA.

Esperándome en mi cuarto.

URBANO.

Habéis conseguido decidirla?...

LA MARQUESA.

No.

URBANO.

Ah! no siente nada por mí!... nada!

LA MARQUESA.

Calmáos, hijo mio...

URBANO, con exaltación.

Oh! no puedo!... Quiero volver á hablarle!

LA MARQUESA.

No! dejadle tiempo de interrogar su conciencia... Esperad á mañana. Vamos, no hagáis que se entere todo el mundo. Vos, tan animoso, tan... estáis llorando... y por una muger!

URBANO.

Ah! no oigo lo que me decis, ni sé dónde estoy! Asegurádmeme que me amarás, decidme que al fin la decidiréis, madre mía!...

LA MARQUESA.

Cuánto daño me estáis haciendo, Urbano!

URBANO.

Perdonádmeme, estoy loco! Decidme por Dios que espere...

LA MARQUESA, yendo hácia él.

Alguien viene... Callá!... que no os oigan!

ESCENA XII

DUNIERES, LA MARQUESA, URBANO, despues
EL DUQUE y DIANA.

DUNIERES.

Marquesa, acaban de noticiarme el... Conque dos casamientos á la vez?

LA MARQUESA.

Callaos, Dunieres.

DUNIERES.

Y por qué? Ya todos somos unos. Nuestros novios (Señalando al duque y á Diana que entran por el fondo.) quieren que la señorita de Saint-Geneix sea tambien de la familia. Al principio me causó la especie alguna estrañeza; pero reflexionando en ello... Se me figura que fueron dos los Saint-Geneix de Fontenoy.

EL DUQUE.

Os equivocáis, Dunieres; hubo cuatro. Pero no veo á Carolina... Dónde está?

URBANO.

Rehusa venir... rechaza nuestra oferta!

EL DUQUE.

Vamos, eso es que no estuvimos bastante elocuentes! Pero no te apures, volveremos á empezar. (Llamando.) Pedro! Pedro!

LA MARQUESA.

Cayetano!

EL DUQUE.

Pedro! Pues va á oír la campanilla! (Tira del cordon.)

LA MARQUESA.

Os dáis demasiada prisa, hijo mio. La señorita de Saint-Geneix quiere reflexionar, y yo os suplico que tambien reflexionéis : no os han dicho?...

EL DUQUE, tirando del cordon.

No me han dicho nada!... Quién reflexiona hoy? Hoy es día de fiebre, de delirio, de embriaguez!... Pedro! Otro pobrete que tambien va á ser dichoso! Pedro!

ESCENA XIII

DUNIERES, DIANA, EL DUQUE, PEDRO,
LA MARQUESA, URBANO.

EL DUQUE, jovialmente.

Amigo Pedro, decid á la señorita de Saint-Geneix que la estamos esperando.

PEDRO.

Señor duque, la señorita ha marchado.

URBANO, con acento de angustia.

Marchado!

EL DUQUE.

Pero, cuándo?

PEDRO.

No sé mas sino que ya no está en casa.

URBANO.

Pero se ha ido... por algunos dias?

PEDRO.

Para siempre. (Urbano se deja caer en el sofá.)

LA MARQUESA.

Ella os lo ha dicho?

PEDRO.

Sí, señora marquesa.

DUNIERES.

Y por qué se ha ido?

PEDRO.

No sé, señor conde.

EL DUQUE.

Pero, señor, cómo se ha marchado cuando?...

PEDRO.

No sé, señor duque.

URBANO.

Y á dónde va?

PEDRO.

Lo ignoro, señor marques.

DIANA.

Y es posible que no os lo haya dicho?

PEDRO.

No me he permitido preguntárselo, señorita.

LA MARQUESA.

Está bien, id, Pedro. (Hace ademán de salir.)

EL DUQUE.

Pedro!... Dispensád, mamá; tengo que darle un encargo... me lo permitis? Esperád, Pedro.

PEDRO.

El señor duque me dispensará; pero, como abandono el servicio de la señora marquesa...

EL DUQUE.

No recibis ya órdenes? Nada mas justo. Pues bien, señor Pedro, tengo que pedir os un favor.

PEDRO, descendiendo hácia el proscenio

Os escucho, señor duque.

EL DUQUE.

Señor Pedro, la señorita Carolina estaba aqui hace un cuarto de

hora y no puede hallarse muy léjos; sin duda os espera, porque le sois demasiado adicto para dejarla marchar sola. Vos sabéis donde está, pero habéis prometido no decirlo, y no lo diréis, porque vuestra conciencia es inflexible. Me equivoco?

PEDRO.

No, señor duque.

EL DUQUE.

Pues bien, señor Pedro, queréis encargaros de llevar una carta á la señorita de Saint-Genex?

PEDRO.

Sí, siempre que el señor duque me empeñe su palabra de honor de que nadie me seguirá.

EL DUQUE.

Os la doy. (Escribe.) Nadie se meneará de aqui ántes que llegue la respuesta á esta esquela. (Pedro toma la carta y sale por el fondo.)

LA MARQUESA.

Cayetano, se puede saber lo que le has dicho?

EL DUQUE.

Dos palabras: « Os calumnian. »

URBANO, levantándose.

Oh! y vendrá sin duda!

LA MARQUESA.

Estáis seguro, hijo mio? Esperemos.

URBANO.

Pero, quién la calumnia? de qué la acusan?

EL DUQUE.

Y lo preguntas? ¿Acaso la marquesa de Villemér la habria dejado partir, faltando á su palabra, (Movimiento de la marquesa.) si alguien no hubiese conseguido hacerle creer que no era digna de llevar tu nombre?

URBANO.

Y quién ha cometido la infamia?...

EL DUQUE.

Oh! ninguna de las personas que están aqui...

DUNIERES.

Si será la baronesa?

DIANA.

Ella?... imposible!

URBANO.

Respondéd, madre mía.

EL DUQUE.

No te molestes; mamá es como Pedro: si ha prometido callar, no dirá una palabra.

URBANO, enérgicamente.

No! mamá no habrá acojido la mentira rehusando de antemano los medios de conocer la verdad.

EL DUQUE.

Y sin embargo, Carolina ha partido. Desengáñate, Urbano; para que mamá no haya vacilado en hacerte sufrir de ese modo, necesario es que exista algún motivo más grave que la ambición fallida. (Movimiento de la marquesa.) Mamá es generosa!... y ya ves como se calla! Es preciso que Carolina venga... y vendrá!

DUNIERES.

Pero no viene.

DIANA, yendo hácia el fondo.

Tal vez está ya lejos.

PEDRO, anunciando.

La señorita de Saint-Genéix.

ESCENA XIV

DUNIERES, DIANA, URBANO, CAROLINA,
EL DUQUE, LA MARQUESA.

URBANO, corriendo hácia Carolina.

Señorita de Saint-Genéix, sois víctima de una odiosa perfidia... hablad! desvaneced la calumnia!

CAROLINA, pálida y serena.

Ignoro de lo que se me acusa. Espero á que se me interrogue... y me parece que tengo derecho de exigirlo.

URBANO.

Ya lo oís, madre mía.

LA MARQUESA.

Si, veo que la crisis es inevitable. He hecho lo posible por atenuarla, provocando la confianza de unos, invocando la prudencia de otros; pero, una vez que llaman ambición fallida á mi repugnancia en manifestar claramente lo que sin duda va á desvanecer nuestras esperanzas, tendré el valor de explicarme delante de todos, ya que me obligan á ello. (Se coloca cerca de Carolina.) Y bien mirado, por qué no? En la familia de los Villemér no debe haber secretos ni situaciones falsas ó dudosas. Vos, señor duque, obedeciendo á un sentimiento caballeresco, pero imprudente, puesto que fué de poca duración, creísteis oportuno dirigir vuestros obsequios á la señorita de Saint-Genéix; sé que ella os escuchó y que os escuchó... misteriosamente, como lo prueba el no haber querido confesármelo. Al veros libre y dispuesto á aceptar otro compromiso, no dudo que Carolina rechazara vuestros ofrecimientos; pero tengo motivos para afirmar que su sacrificio la hace sufrir y que esta y no otra es la causa de su partida. Siendo así, ya comprenderéis que mi deber es salir al encuentro de ciertos escrúpulos que sin duda no esperan sino mi beneplácito para desvanecerse. No sigáis, pues, engañando á esta noble niña (Señala á Diana.) que os creía libre y sincero; no sigáis dando margen á los sufrimientos de vuestro hermano, sufrimientos que vos no comprendéis, pero que concluirían por matarle: casaos con la señorita de Saint-Genéix. Ciertas cuestiones de delicadeza señor duque, equivalen á razones de honor.

EL DUQUE, indignado.

Señora!... perdonád, madre mía! (La marquesa vuelve á colocarse á la derecha.) Pero me estáis haciendo espiar el pasado de una manera bien cruel! Oh! me acusáis de una infamia!

LA MARQUESA.

No! de una gran ligereza.

EL DUQUE.

Hay ligerezas que son crímenes, y ¿os parece que no lo sería el turbar el reposo de una jóven digna y respetable para ir el día siguiente á ofrecer á otra un corazón cobarde y desleal? Oh! no sé cómo responderos delante de este ángel que se dignaba creer en mí, y de este modelo de pureza y honradez que escucha atónita vuestras estrañas revelaciones! Yo me creía absuelto de mis faltas, purificado, regenerado, y hasta me conceptuaba digno de dar á la una el nombre de hermana, á la otra el nombre de esposa! Y ahora, por una sospecha cuyo origen adivino y que vos, mi pobre madre, sentiréis haber acojido con tanta ligereza, todo concluye! (Se deja caer en el sofá.)

DIANA.

To lo? No por cierto! y la prueba... (Besa á Carolina.)

EL DUQUE, levantándose impetuosamente.

Ah! sois un ángel y merecéis que os adoren de rodillas!

URBANO, al duque.

Pero, en fin, que ha hecho Carolina para que se le imponga el tormento de semejante prueba?

EL DUQUE, con energía.

Qué ha hecho? Pasar la noche velándote, despues de haberte encontrado ahí, herido, desmayado, casi moribundo, miéntras que yo corría inútilmente como un desesperado á buscar al médico. Si no os basta mi palabra, madre mia, preguntád á ese hombre honrado (Señalando á Pedro) y él os lo dirá!

LA MARQUESA.

Dios mio, qué es lo que he hecho!

EL DUQUE.

Disteis oídos á la delacion de una persona...

LA MARQUESA.

Que creía decir la verdad. (Avanzando hácia Carolina.) Señorita de Saint-Geneix, os aseguro que nunca dudé de vuestro honor...

CAROLINA.

Pero habéis dudado de mi rectitud, señora.

LA MARQUESA.

La reparacion que voy á ofreceros...

CAROLINA.

No acepto ninguna!

LA MARQUESA.

Sois bien cruel, Carolina! (Se deja caer en el sofá.)

CAROLINA.

Tambien lo han sido conmigo, señora marquesa. Sé que los desgraciados no deben quearse, que hay muchos que carecen de valor y de dignidad, y que la cobardía de unos disculpa, ya que no justifique, las sospechas de que todos son víctimas. Y sin embargo, cuál ha sido mi crimen? Entro aquí para trabajar y trato de cumplir con mi deber sin mezclarme en nada que no sea mi obligacion, sin quejarme de mi suerte. No solicito ni la amistad ni la confianza de nadie, y, no obstante, tratan de adivinar mis pensamientos á pesar mio, de conocerme, de leer en mi corazón, de turbarle, de hacerle pedazos!... y cuando creen haber vencido mi orgullo, me hacen comparecer ante un tribunal para interrogarme, para interpretar mis intenciones, para atribuirme ideas que nunca he tenido, y luego me arrojan como por compasion en los brazos de aquel de quien me creen enamorada perdida! Y nadie, nadie se digna suponer un móvil mas noble á mi conducta, ni pensar que pueda ser hija del sentimiento del deber, del deseo de evitar disgustos! (Se echa á llorar.) Y sin embargo, era bien sencillo suponerlo. Ah! guardád vuestras reparaciones y devolvedme mi libertad. No pido que se me indemnice ni que se me consuele; sólo pido que me olviden.

URBANO.

Ah! vuestro orgullo es legitimo, pero tambien es implacable. Ya sabía yo que eran vanas mis esperanzas! (Se apoya sobre el respaldo de sofá.)

LA MARQUESA.

Señorita de Saint-Geneix, tenéis razon en reconvenirme. Olvidé que la desgracia, noblemente aceptada, es digna de consideracion y respeto. Perdonádmme, y sed generosa. Ved la desesperacion de mi hijo, sacrificádle vuestro orgullo!... Queréis que os lo suplique de rodillas?... Ven en mi auxilio, Urbano. (Se levanta.)

CAROLINA, con viveza.

No!

EL DUQUE, á su madre.

No hagáis eso, madre mía; vos no la conocéis.

LA MARQUESA.

Carolina, hija mía, yo te le suplico! (Se deja caer en el sofá.)

CAROLINA, cayendo á sus piés.

Ah! madre mía!

URBANO.

Oh! Dios mio!

LA MARQUESA, abrazando á Carolina.

Dime que le amas!

CAROLINA.

Ah! con toda mi alma! (Urbano la besa la mano, la levanta y la conduce cerca de Diana.)

LA MARQUESA, al duque.

Mi pobre Cayetano! cuánto mal he debido hacerte!

EL DUQUE.

Olvidadlo, mamá, pero no volváis á empezar: hay momentos que hacen envejecer un siglo.

CAROLINA.

Bah! teméis envejecer cuando no tenéis veinte años?... Sois tan niño!

EL DUQUE.

Si? pues entónces aun me quedan otros veinte años para empezar...

DUNIERES.

Eh? para empezar?

EL DUQUE.

Una nueva vida, Dunieres, una nueva vida!

FIN

